**Biblioteca Nacional de España**

YERMA

Poema trágico en 3 actos, dividido en 2 cuadros cada uno, en prosa y verso

©

E D I C I O N E S A N A C O N D A Perú — Buenos Aires

1937

La presente edición de Y E R M A , ha sido cuidadosámente cotejada con la versión teatral. Sus diálo­ gos, — p especialmente sus versos, se ajustan en un todo a la pieza que el público conoce a través de la representación escénica.

El éxito alcanzado por Federico García Lorca como dramaturgo, no es un resultado de técnica escénica, sino de temperamento individual. Los elementos clásicos del teatro se dan íntegramente en sus piezas, pero el espíritu que las anima tiene tal poder poético, que dominan sobre el espectador cual si se dieran para su intimidad, en un juego sensual p torturante. Todos los aspectos de la vida se dan en sus representaciones, porque se destaca en ellas todas las reacciones del espíritu del hombre. La pasión amorosa actúa en un desesperado afán de satisfacerse, — p García Lorúa azuza la angustia de los enamorados pa­ ra desesperar sus reacciones. — La sua­ vidad del monólogo, — su pureza líri­ ca, — contrasta con la intensidad de los diálogos p la alegría de las conversa­ ciones de grupo. E l drama se da, pues, en e l debate entablado entre e l hombre p la mujer, que luego se enturbia al ser tomado por la masa, — por el coro, — que es siempre el gran galeoto. Es el encuentro de los hombres lo que motiva el drama. En la soledad, hombre p mu­ jer obran bajo el control de sus instintos domados. Son pequeñas p amorosas cria­ turas. El instinto sexual las aproxima en caricias. Sólo cuando piensan en el en­ lace de sus destinos, p supeditan mutua­ mente sus vidas a las reglas sociales que las determinan, es cuando no pue­ den pa entenderse ni estimarse con ver­ dad. Entonces son sombras de polea lo­ ca. Giran en el turbión de las pasiones sin control. Se despedazan en las ofen­ sas p las dudas, — se hieren en el amor, sucumben trágicamente en la pasión que debió alegrarles la existencia. Las ¡pa­ labras actúan entonces como puñales, p el hombre, vencido por el dolor, se hace justicia por la propia mano.

Federico García Lorca conocía la des­ esperación de los hombres. Con hom­ bres desesperados construyó sus piezas maravillosas. Con versos de desesperado realizó su lírica más humana. Su arte es vivo porque va creando la vida pues­ to e l dedo en la llaga. E l lamento que pone en boca de sus personajes es el que ha cobrado mayor eco dramático en la conciencia del público. Su ¡ A y ! , — es el grito desgarrante del hombre sin consuelo. Y sin consuelo desnuda la más turbia pasióji del hombre. Gritos, pa­ labras, puñales, lamentos, canciones, — así es la vida, — y después la muerte se precipita y termina con todo. Tragedias con necesidad de muerte, con muerte amarga son las de García Lorca. ¡A h !, pero con cuánta dulzura y bondad de arte. No es el pobre hombre con sus problemas lo que presenta el genial dra­ maturgo para recrear a los hombres. Sus tipos son símbolos. Un tremendo espíritu sinfónico rueda en la temática del poeta español. E s España misma la que anima sus piezas. Es toda España que vibra en la escena de su más grande imaginero; es el alma conturbada de E s­ paña que se entregaba a su hijo dilecto para que la estilizara con su propio do-

lor de amar y de vivir en suelo español,

— p de morir sobre la tierra roja de E s­

paña;— para salvar el espíritu eterno de la España República de los Trabaja­ dores. Traición de hombres p de espe­ ranzas. Situaciones propias de nuestro tiempo, sí, pero que al darse en suelo español cobran la más desesperada de las realidades. Se producen con sangre p muerte, hasta dejar en todos una lar­ ga agonía, una larga tristeza. «Yerma», la mujer estéril, es el re­ clamo del amor por el cual la mujer logra su santidad. Es el grito de la ma­ dre que no se encuentra a sí misma. Es el grito del espíritu materno que no ha­ lla a quien entregarse. Es la voz dolo­ rida de la mano materna colmada de caricias que se secan en las faldas va­ cías. Tragedia de la mujer estéril y de los celos obscuros y tortuosos, — y de la envidia de las mujeres secas y enlu­ tadas. Rivalidades por un hombre, por el honor, por el deseo egoísta. La tierra yerma; la conciencia yerma, la entraña yerma. Mientras la buena madre recla­ ma el nacimiento del hijo, — la masca­ rada sensual se desenfrena. Se pide ca­ ricias sin más destino que el de la carnemisma. Son los hombres, la masa anó-

nima que se disfraza para consumar sin escrúpulos el goce de la carne, — es la humanidad que piensa en colmar el ape­ tito de sus instintos y no repara en el reclamo de la vida malograda, de la es­ peranza yerma. Voz de la madre del mundo a quien no le entregan sus hi­ jos, a quien le roban sus hijos. Seno materno endurecido con el eco hombru­ no, que quiere salvarse en las caricias del hijo, en el llanto y las risas del niño. Odio se levanta en la tempestad de re­ nacer, porque el renacimiento no se pro­ duce. ¿Gozar, para qué, si la carne mi­ serable no da su fruto? Arena es la carne yerma, la entraña materna esté­ ril. Vida sin renacimiento, — vida muer­ ta, placer realizado con mentira, savia perdida y caricia perdida en la copa seca, en la boca muda, en el seno ar­ diente y cerrado, — en la matriz de are­ na. Hombre y mujer se perpetúan en el odio mientras la criatura no viene, mientras no llega, — carne rosada y pu­ ra, — la esperanza hecha eternidad en el hijo, — la esperanza que alegra el es­ píritu. Ay, no llega al mundo la nueva criatura, y la entraña yerma, arma con su odio el brazo de paz. Se matan en­ tre sí los que nacieron para amarse.

E l sentimiento del hombre nuevo de España está resuelto claramente en «Yerma». Su anticlericalismo está con­ contenido en la voz que aporta la pre­ sencia de la vieja española, la mujer cargada de hijos y de experiencia, la que realizó su vida sin temores. Ella sabe que no hay que pedir a Dios aquello que los hombres pueden dar. Hay que exigir de la vida lo que es de la vida. El consuelo de la mujer yerma sólo lle­ ga cuando ella realiza justicia por sus propias manos. Quita de la vida lo que se ha ligado a ella para su desventura. Destroza lo que no sirve, lo que no fruc­ tifica, lo que se siente satisfecho de vi­ vir en sí p para sí, renovándose noche a noche en el placer que muere con la llegada del día. ¡ A y !, placer de los ins­ tintos sensuales que mata al hombre del porvenir por la satisfacción pasajera y miserable del momento presente! L ázaro L iacho.

YERM A M ARIA VIEJA. PAG ANA DOLORES LA V A N D E R A 1\* L A V A N D E R A 2\* L A V A N D E R A 3\* LA V A N D E R A 4\* L A V A N D E R A 5» L A V A N D E R A 6\* M UCHACHA 1\* MUCHACHA 2»

H EM BR A CUÑADA 1\* CUÑADA 2\* M U JER 1\* M U JER 2» NIÑO JU A N VICTOR MACHO H OM BRE 1\* HOM BRE 2? HOM BRE 3\*

■

CUADRO PRIMERO

ESCEN ARIO : Una tierna penumbra cubre la escena. Frente a la puerta de calle de una ca­ sa de labriegos, Yerma aparece sen­ tada, en actitud de sueño. Sus ojos entornados hacen más cerca la visión del cielo recién amanecido. La cabe­ za echada hacia atrás, las manos aban­ donadas en las faldas, sobre la costu­ ra, le dan aspecto místico. A su lado, un cesto de labores.

Sueño de Yerma.— Muy despacio, pasa un labriego con un niño en brazos. Cruza

el escenario de izquierda a derecha. Desde el principio, se escucha una canción de cuna, acompañada por con­ junto de violines, una canción dulce,

muy dulce, entonada por voz de mu­ jer. Cuando cesa la música, ella se despierta del letargo, en el cual estaba sumida y resignadamente, reanuda la costura. Un carrillón da las cinco. La escena que hasta entonces estaba en la media penumbra, se va aclaran­ do poco a poco, como si amaneciera. M O VIM IEN TO DE ESCENA

Juan, entra por la puerta del fondo, y

se va por la izquierda. Al irse Juan, Yerma hace un movi­ miento de desperezamiento, con sa­ tisfacción y voluptuosidad.

María entra por la derecha, se detiene junto a Yerma, la contempla, breves minutos, y luego sale por la izquierda. Víctor entra por la izquierda y vuelve

a salir por el mismo lado.

Al irse, Yerma la detiene y mueve sus manos como tendiéndolas hacia el vientre de María, con deseos de aca­ riciarla. María la contempla asombra­ da sin decir palabra. ACCION

Yerma.— ¡J u a n ...!

(pausa). ¡J u an ...! (pausa) ¿Me oyes? ¡Juan!...

Juan.— V o y ... Yerma.— Ya es la hora. Juan.— (entrando) Yerma.— Y a

¿Pasaron las yuntas? pasaron. ¿No tomas un vaso de leche? Cuando los hombres se quedan enjutos, se ponen fuertes como el acero. . . ¡ tú no! Cuando nos casamos eras otro. . . Ahora. .. tienes blanca la cara, como

Juan.— ¿Para qué?... Yerma— Pero. . .

1

si no te diera en ella el s o l... A mí me gustaría que fueras al río y na­ daras y que te subieras a los tejados... 24 meses llevamos de casados. . . y tú, cada vez más triste... cada vez más enjuto... coma si crecieras aí revés. Quisiera oirte contento. Que dijeras; mi mujer está enferma, le llevaré es­ ta enjundia de harina. . . Voy a matar este corderito para ha­ cerle un caldoi... Voy a llevarle esta piel de oveja para guardar sus pies de la nieve... Así soy yo. Por eso te cuido.

'

Juan.— Yo

cuidar.

te lo agradezco. es que tampoco te dejas

Yerma.— Pero

Juan.— ¡ ¿ . . . has

acabado ?! Todas esas cosas son suposiciones tu­ yas. Trabajo mucho... Cada año se­ ré más v ie jo ... a ñ o ...? Tú y yo segui­ remos aquí.. .! ¡¡Cada añ o ...! !

Yerma.— ¿Cada

É

Juan.— Naturalmente. Y Yerma.— No

Juan!

bien sosegados. Las cosas de la labor van bien. No te­ nemos hijos que gasten... tenemos h ijo s...! (pausa)

Juan.—Di Yerma.— ¿ . .es Juan.— Me

que yo no te quiero a tí? quieres... Pero, conozco mu­ jeres que no tienen h ijos... ni l'os de­ sean. .. y viven felices... asi! conozco mujeres, que el día de la boda, al encontrarse a solas por la noche con el esposo, han llo­ rado. .. ¡Yo no lloré!

Yerma.— ...y o

Juan.— ¡¡¡Calla!!! Yerma.— Mi madre

lloraba porque yo no sentía separarme de e lla ... Nadie se casó con más alegría que y o ! ¿ Recuer­ das que a! tomar las sábanas, las es­ trujé, diciendo:... “como huelen a manzanas!” dijiste.

Juan.— . .. Eso

Yerma.— Llevaba

a mi hijo, conmigo, en mis pupilas... El ya vivía conmigo, y lo quería.

Juan.— Calla!!! Demasiado trabajo tengo, con oirte en todo momento

Yerma.— ¡No

me repitas lo que dices! Yo lo veo con mis ojos, que esto no puede ser. A fuerza de caer la lluvia sobre las piedras estas se ablandan, y hacen crecer los jaramagos. . . Las gentes dicen que los jaramagos no sirven pa­ ra nada. Pero yo los veo moviendo sus grandes flores amarillas al a ire... me lo dices. Y te lo traeré. Sabes que no me gustaría que sal­ gas . . . Estás mejor aquí. La calle es para gente desocupada. (se va Juan, queda sola de pie en me­ dio del escenario y dice): ¿De donde vienes, amor, mi niño? De la cresta del duro frío. ¿Que necesitas, amor, mi niño? La tibia tela de tu vestido,

Juan.— Si necesitas algo,

Yerma.— Claro!

Que se agiten las ramas al sol, y salten las fuentes alrededor. En el patio ladra el perro... En los árboles canta el viento.. . Los bueyes mugen al boyero... La luna me riza los cabellos. ¿Qué pides, niño, desde tan lejos? Los blancos montes que hay en tu peQue se agiten las ramas al sol, (cho! y salten las fuentes alrededor... Te diré niño mío que s i . .. tronchada y rota soy para t i. . . ¡ Como me duele esta cintura donde tendrás primera cuna. . . ! ¿Cuando, mi niño vas a venir? Cuando tu carne huela a jazmín. Que se agiten las ramas al sol y salten las fuentes alrededor...! (Se sienta de nuevo, y pasa María)

Yerma.— ¿De donde vienes... ? María.— De la tienda. Yerma.— ¿De la tienda, tan temprano? María.— Por mi gusto, hubiera esperado

a la puerta a que abriera... (pausa) .. .¿ Y a que no sabes lo que he com­ prado. .. ?

á.

Yerma.— Café María.— No,

para el desayuno... azú­ car. .. dos panes he comprado encajes, tres varas de hilo y cintas. . . , para hacer madroños. . . El dinero le tenía mi marido y me lo ha dado él' mismo.

Yerma.— .. .Te vas a hacer una blusa? María.— N o ... es porque... ¿sabes? Yerma.— (la mira asombrada) ...qué? María.— (con alegría inusitada) Porque...

¡Ya ha llegado.. . !

Yerma.— ¡A los cinco meses!? María.—¡Sí! Yerma.— ¿Te has dado cuenta de ello? María.— Naturalmente!.. . Yerma.— Y, ¿que sientes? María.— No s é !... angustia. Yerma.— ¿Angustia?...

Pero cuando lle g ó ... dime. .. ¿tú es­ tabas descuidada?

María.— Si, descuidada. Yerma.— Estarías contenta... ¿verdad? María.— Si, mucho. Te diré. No me preYerma.— Si! María.— Pues,

guntes. . . no has tenido nunca un pájaro vivo apretado en la mano?

lo mismo. Pero, dentro de

la sangre. Estoy aturdida... No sé nada.

Yerma.— De qué? María.— De lo que

tengo que hacer. Le preguntaré a mi madre. está vieja y ha ol­ vidado estas cosas. Cuando respiras., respira suave..., tan suave!, como si tuvieras una rosa entre los dientes. dicen que más adelante, me empuja muy suavemente con las piernecitas... Entonces es cuando se lo quiere.

Yerma.— Para qué? Y a

María.— Oye:

Y e rm a — Cuando se dice y a ; ... ¡Mi hijo!

María.— En

medio de todo, tengo ver­ güenza. ..

Yerma.— Y tu marido... ¿te quiere mucho? María.— No me lo d ice... pero se pone

junto a mi, y sus ojos tiemblan como dos estrellas verdes...

Yerma.— Sabia él que t ú ... María.— ¡ S í! Yerma.— ¿Y porqué lo sabía? María.— No sé, pero la noche que nos

ca­ samos, él lo decía constantemente, con su boca puesta en mi mejilla, tanto...!, que me parece que mi niño es un pa­ lomo de lumbre que él' me deslizó pol­ la o reja...

Yerma.— ¡Dichosa Tú! María.— De todas las novias de tu tiempo,

tú eres la única... Yerma.— Claro que todavía es tiempo. Elena tardó tres años, y otras anti­ guas, del tiempo de mi madre, más aún. (Pausa)

— ¡Pero dos años y veinte d ías.. . ! ¡es demasiado espera!... Pienso que no es justo que me consuma a s í... Muchas noches salgo descalza al pa­ tio para pisar la tierra... no sé por­ q u e ... pero si sigo así acabaré vol­ viéndome mala. . . María.— Pero ven acá criatura. Hablas como si fueras una vie ja ... Una hermana de mi madre, lo tuvo a los catorce años. Y si vieras que her­ mosura de niño. Yerma.— ¿Sí? María.— ¡ S i! ... Y cuando lo tuvo, lloraba con la fuerza de un torito. . . y gri­ taba con l'a fuerza de mil cigarras can­ tando a la v e z ... y nos orinaba,... y nos tiraba de las trenzas. Luego cuando tenía cuatro meses, nos ara­ ñaba... Yerma.— Yo he visto a una madre dar de mamar a su h ijo .. . ¡¡¡Con los pechos llenos de grietas!!!... y le producía d olor... Pero, un dolor dulce. Sano. Necesario para la salud...

María.— ¡Dicen

mucho!

que con los hijos se sufre

Yerma.— ¡ Mentira!

Eso lo dicen las mujeres débiles, las flojas, ¿Porque los tienen?... ¡Te­ ner un hijo, no es tener un ramo de rosas!! Hemos de sufrir para verlos crecer, Yo pienso que se nos va la mitad de nuestra sangre... Pero esto es bue­ no, sano y hermoso! Cada mujer tiene sangre para cuatro o cinco hijos, y cuando no los tiene se le vuelve veneno, como me va a pasar a m í. . .

María.— No sé qué tengo Yerma.— Dicen que las primerizas

susto. (pausa)

tienen

María.— (en forma zalamera)

coses tan bien .. .

.. .Como tú

Yerma.— Trae. María.— Son

Te cortaré los trajecitos... ¿ Y ésto?... los pañales.

m

Yerma.— Bien.

María.— Entonces... hasta luego (se di­ rige hacia la izquierda).

Yerma.— ¡No

corras! ¡Ten cuidado con las piedras de la calle!

María.— ¡ Adiós! Yerma.— ¡Vuelve pronto.. .! Yerma— Adiós, Yerma.— En

Víctor.

(Yerma queda sola y mide el' género. Luego entra Víctor por la izquierda.)

Víctor.— ¿Y Juan? el campo.

Víctor.— ¿Qué haces?

Yerma.— Corto, unos pañales. Víctor.— V am os. .. Yerma.— Los voy a rodear de encajes.

Víctor.— Si es niña, le pondrás tu nombre. Me alegro por ti. . .

4MB

Yerma.— (muy triste)

¡No son para mí! Son para el hijo de María.

Víctor.— Bueno. . . A ver si con el ejem­ plo te animas. En esta casa hace falta un niño.

Yerma.— Hace falta.! Víctor.— Pues adelante!

Dile a tu marido que piense menos en el trabajo. Quie­ re juntar dinero. .. ¡y lo juntará! Pe­ ro ¿a quién lo dejará cuando se mue­ ra? (pausa) Yo me voy con las ove­ jas. Dile a Juan, que recoja las dos que me compró. . . Y, en cuanto, a lo otro, ¡Qué ahonde. ..!

Yerma.— (Como un eco) E s o ... ¡Que ahonde... ! (Se va Víctor. Ella en medio de la escena recita:) Te diré Niño mío que si, tronchada y rota soy para tí, Como me duele esta cintura donde tendrás primera cuna. ¿Cuándo, mi Niño, vas a venir? Cuando tu carne huela a jazmín.

(Cae el telón )...

FIN D EL PRIM ER CUADRO

A

CUADRO SEGUNDO

ESCENARIO : Bosque de robles. — Un sendero que baja como de la montaña. — Una paz de luz clara pone su silencio y su dulzura en la escena. Es mediodía — En el centro, una piedra grande donde Yerma habrá de sentarse. M OVIM IEN TO DE ESCEN A En escena la vieja Pagana, con otra Aldeana que se va, al ver que viene Yerma. — La Aldeana va bajando la montaña y cuando está por desapa­ recer de la visual, llega en forma ní­ tida la risa entre alocada y burlona. — Víctor también baja por la dere­ cha con un cayado en la mano, en el que se apoya, y la mira a Yerma atentamente. — Juan entrará por la izquierda.

\*

ACCION (La vieja Pagana está sola, entra Yer­ ma por la izquierda, ambas llevan sen­ dos canastos en el brazo).

Yerma.— Buenos días... Vieja Pagana.— Buenas Yerma.— Vengo Vieja.— ¿Llevas Yerma.— Tres Vieja.—,¿Tienes

lo tenga la her­ mosa n iñ a.. . ¿Adonde vas?

de llevar la comida a mi esposo que trabaja en los olivos. mucho tiempo casada? {

añ o s... h ijo s... ?

Yerma.— ¡No! Vieja.— B ueno... Vieja.— ¿Porqué

Y a tendrás...

Yerma.— (ansiosa) .. .¿Vd. lo cree?. .. n o ? .. . También yo ven­ go de llevarle la comida a mi esposo.

Es viejo. Todavía trabaja. Tengo nue­ ve hijos como nueve sol'es y todos tra­ bajan. Pero, como ninguno es hem­ bra, aquí me tienes.

Yerma.— Vd., vive al otro lado del río? Vieja.— Sí en los molinos. Y tú, ¿ de qué

familia eres? tor. ..

Yerma.— Yo

soy hija de Enrique el Pas­

Vieja.— ¿De Enrique el P astor?...

Le co­ nocí. Buena gente. Levantarse, sudar, comer unos panes y morirse. No más juegos ni más nada. Las ferias para otros. ¡Bah! . . . Pude haberme casado; con un tío tu­ yo, pero no. Yo era una muchacha de faldas al aire. Iba siempre prendida a la tajada de melón. Muchas veces, de madrugada, me he asomado a la puer­ ta creyendo oir una romería. Pero era el aire! (se ríe). He tenido, dos mari­ dos, catorce h ijo s... cinco murieron, y sin embargo, no estoy triste. ¡¡¡Y quisiera vivir mucho más!!!... Es lo que digo v o .. . Las higueras.

¿cuánto duran? Las casas ¿cuánto du­ ran? Y sólo nosotros, las infelices mu­ jeres, nos hacemos polvo por cualquier cosa.

Yerma.— Yo

ta . . .

quisiera hacerle una pregun­

Vieja .— ¡Y a

se lo que quieres preguntar! De estas cosas, no se puede decir nada. no? Me ha dado con­ fianza el oirle hablar. Place mucho tiempo que quiero tener conversación con mujer vieja, por que yo quiero en­ terarme. Sí. V d ... ¡me dirá!

Yerma.— ‘Porqué

Vieja.— ¿ Qué ? Yerma.— Lo

que Vd. sabe. ¿Porqué estoy yo seca? Me he de quedar en plena ¡vida para cuidar aves?... Y poner cortinas planchadas en mi ventanillo? Vd., me dirá lo que tengo que hacer!! Yo lo haré, aunque sea, clavarme agujas en la parte más débil de los ojos. Yo no se nada. Yo me he puesto boca arriba, y he comenzado a

Vieja .— Y o . ..

i

can tar... Los hijos llegan como el agua (pausa) ¡Ay! Quien puede decir que este cuer­ po que tu tienes no es hermoso? Deja, muchacha... no me ordenes ha­ blar más. Cuando me ponen, no hablo de otra cosa, ¡O y e !.. . a ti ¿Te gusta tu ma­ rido ?

Yerma.— (asombrada) ¿Cómo?. . . Vieja.— Que si lo quieres. . . Que

seas estar con é l . . .

si de­

Yerma.— (dubitativa) Vieja.— ¿No tiemblas,

...¡N o lo sé!

cuando se acerca a ti? ¿No te da así como un sueño cuan­ do acerca sus labios?

Yerma.— No lo he sentido nunca... Vieja.— Nunca? ¿Ni cuando has bailado? Yerma.— ¡ Nunca!

Una vez, Víctor me cogió de l'a cin­ tura y no pude decir nada,. .. porque no podía hablar. Otra vez, yo tenía 14 años y él era un zagalón, me tomó en sus brazos para saltar una acequia,

[

i

i

y me entró un temblor que me sona­ ron los dientes. Pero es que yo he si­ do muy vergonzosa.

Vieja.— ¿Y, con tu m arido?... Yerma.— Mi marido es otra cosa.

Me lo dió mi padre y yo lo acepté. Con alegría. Esta es la pura verdad. Pues el pri­ mer día que me puse de novia con él, ya pensé en los hijos. Y me miraba en sus o jo s... si, pero para verme muy chica y muy suya. lo contrario que yo. Quizá por eso no hayas parido a tiempo. Los hombres tienen que buscar las mu­ chachas, desatarnos las trenzas y dar­ nos de beber agua en su propia bo­ c a ... Y estoy segura que las cosas...

i

Vieja.— Todo

Yerma.— ¿Es

preciso buscar en el hombre al hombre nada más? Que vas a pensar cuando te deja en la cama, triste, con los ojos abiertos mirando al te­ cho, y se da media vuelta, y se duer­ me. Yo he pensado en el hijo, me he entregado por él. . . y me sigo entre­ gando a ver si llega.

1

m 4

Vieja .— Y resulta que estás vacía. Yerma.— Vacía no, porque me estoy

lle­

nando de odios! Yo no sé. Pero. . . dáñelo tú, ¡ por caridad!

Vieja.— A y . . .

¡qué flor abierta! ¡Qué criatura tan hermosa eres! Déjame, no me hagas hablar más, no quiero hablar más! Son asuntos de honra y yo, no tengo la honra de nadie! De todos modos debieras ser menos inocente!

Yerma.— Conmigo,

todos se vuelven me­ dias palabras, gestos. Nadie me dice nada. Y tú también te callas, y te vas con un aire de doctora sabiéndolo todo, todo, pero negándolo a la que se mue­ re de sed. otra mujer más serena yo se lo diría. Soy vieja,. . . y sé lo que me di­ go. ¡Qué Dios me am­

Vieja.— A

Yerma.— Entonces,...

pare!

L

V ie ja — ¡ Dios

no! . . . a mí nunca me ha gustado Dios. Son ios hombres los que tienen que amparar. Aunque debería haber un Dios. Pequeñito aunque fuera. Para mandar rayos a los hombres de si­ miente podrida que encharcan la sa­ lud de los campos. sé lo que quieres decir.

Y erm a— No V ie ja — Y o

me entiendo. Espera en fir­ me. Eres muy joven todavía... ¿Qué. quieres que haga yo? (Entra una mujer por la derecha y va bajando la montaña por donde al principio se ha retirado la Aldeana. La Vieja se va por la derecha).

Yerma.— De donde vienes? Mujer.— (mostrando un canasto) .. .Hay que darles de comer, no quedan en las casas nadie mas que los niños. Me dejé el niño dormido.

Yerma.— ¡ Pero

mujer. . . los niños no se pueden dejar solos! Hay cerdos en tu casa? Seguramente lo has dejado en­ cerrado. La cosa que parece más in-

significante puede hacerlos daño, una a gu ja... una copa de ag u a...

Mujer.— ¡Tienes

razón !... Voy corrien­ do. Es que no me he dado cuenta de las cosas, (se va). (La loca entra cantando). tuvieras cuatro o cinco hijos, no hablarías así. De todos modos, tú y yo con no tenerlos, vivimos más tranquilas.

Loca.— Si

Yerma.— (lúgubremente) ¡Yo no! Loca.— ¡Yo s í! ... ¡Qué afán! En

cambio mi madre no hace más que darme hierbajos, para que los tenga, y encomen­ darme al santo.

Yerma.— ¿Y porqué te casaste entonces? Loca.— Porque me casaron. Se casan to­

das. Si seguimos así no van a haber solteras, más que las niñas. Pero las viejas se empeñan en todas esas cosas. Bueno. En realidad, todas se casan antes de ir a la iglesia. Tengo 19 años. No me gusta guisar. Ni lavar.

á

Bueno. Pues todo el día he de estar haciendo lo que no me gusta. ¿Que necesidad tiene mi marido de ser mi marido, si hacíamos lo mismo de no­ vios que ahora... Tonterías de los viejos. También tú me dirás ¡L o ca !... La loca. La loca. Te puedo decir lo único que he aprendido en esta vida. ¡ Cuánto mejor se está en el medio de la calle! Y a corro, ya río, ya me tomo un refresco de an ís.. . (se ríe).

Yerma.— Eres

una niña.

Loca.— ¡C laro !... ¡Pero, no estoy loca! Yerma.— Tu madre vive en la parte más

alta del pueblo?

Loca.— Sí. Yerma.— ¿En la última casa? Loca.— Sí. Yerma.— ¿Cómo se llama? Loca.— Dolores. ¿Por qué preguntas?

39

Yerma.— Por nada. Loca.— 'Por algo preguntarás. Yerma.— No sé. Es un d ecir... Loca.— ¡Allá tú!

Mira, le he venido a traer la comida a mi marido. Es lo que hay que hacer (resignada). ¡Qué lástima no poder decir “mi novio” . . . (saliendo). Ya se va la loca, la lo ca ... A d ió s!... (Yerma, sola en el escenario, se sien­ ta sobre la piedra. Se oye el canto de Víctor adentro, que es el que ella re­ pite luego). qué duermes solo Pastor? En mi colcha de lana dormirías mejor. Tu colcha de oscura piedra, pastor y tu camisa de escarcha, pastor juncos grises del invierno en la noche de tu cama. Los robles ponen agujas, pastor... debajo de tu almohada, pastor... Y se oye voz de mujer en la rota voz del agua. que quiere el monte de ti, pastor. .. Monte de hierbas am argas... Qué niño te está matando? la espina de la retam a!...

Yerma.— ¿Por

■■■ "

'

1

1 ..... ...—

J

40

FEDERICO CARCÍA LORCA

Víctor.— (entrando)

sa?

¿Dónde

va la hermo­

Yerma.— ¿Cantabas

tú? (Víctor asiente con la cabeza) ¡Qué b ien !... Nunca te había oído. Y, ¡qué voz pujante!, parecen un cho­ rro de agua que te llenara toda la bo­ ca. como tú, triste. Es que tengo mo­

Víctor.— Soy alegre... Yerma.— No soy triste.

tivos para estarlo.

Víctor.— ¿Y

que tú!

tu m arido?... ¡Más triste

Yerma.— ¡ El' sí! ... Tiene un carácter seco. Víctor.— Siempre filé igual. ¿Viniste a

traer la comida?

Yerma.— ¡Sí!

(lo mira b ien ... detenida-

a

mente). ¿Qué tienes ahí?

Víctor.— ¿Dónde? Yerma.— 'Aquí en

quemadura.

¡ la mejilla, como una

Víctor.— ¡No

es nada!

Yerma.— Me había parecido. Víctor.— Debe ser del sol. Yerma.— Q uizás... Víctor.— ¿Q ué?... Yerma.— ¿No Víctor.— No. Yerma.— Me

un niño. había parecido que lloraba sientes llorar? (pausa, luego presta atención como si oyera a lg o ;.. a Víc­ tor) ¿Oyes?

Víctor.—¿Sí?

Yerma.— Y muy cerca, lloraba como un ahogado.

Víctor.— Aquí hay Yerma.— ¡N o !...

pequeño.

siempre niños que vie­ nen a robar fruta. era la voz de un niño

Víctor.— (prestando atención)

nada.

.. .no oigo

Yerma.— ¡Serán ilusiones mías! (entra Juan). Víctor.— ¡Salud! Juan.— ¿Qué haces todavía aquí?... Y erma.— Hablaba. Juan.— Debías estar en casa. Yerma.— Me entretuve. Juan.— ¡No comprendo en qué

tretenido!

(Víctor sale).

te has en­

Yerma.— Oí cantar los pájaros. Juan.— (enojado) ¡Está bien !...

rás que hablar a la gente.

Así da­

Yerma.— (asombrado).

piensas?

¡Juan!... ¿ Q u é

Juan.— No

lo digo por ti, lo digo por las

gentes.

Yerma.— Puñalada que le den a las gentes.

Juan.— ¡No

maldigas! Está feo en una mujer.

Yerma.— Ojalá fuese yo una mujer. Juan.— Vamos a dejarnos de conversa­

ción. Vete a la casa.

Yerma.— Está b ien ... Juan.— ¡No! (pausa).

Te espero.

Estaré toda la noche regando. Viene poca agua. Es mía hasta l'a salida del sol y tengo que defenderla de los la­ drones. (pausa) Te acuestas y te duermes.

Yerma.— ¡Me

dormiré!

}

TE LO N

i

ACTO SEGUNDO Escenario: Entre peñas y riscos, un arroyo clarísimo corre serpenteando. Mucho col'or, y alegre. Mujeres lavan sus ropas, y cantan.

CUADRO I

Coro de las lavanderas

En el arroyo frío lavo tu cinta... (bis) Como un jazmín caliente, tienes la ritienes la risa, tienes la risa... (sa, (bis) En el arroyo, frío lavo tu cinta. i ’ — A mí no me gusta ha­ blar. ..

Lavandera

Lavandera 2\— Pero, aquí se habla. Lavandera 3’.— La que quiera honra...

que se la gane.

Lavandera 4'.— Lo Lavandera Lavandera

ellas.

cierto, es que el ma­ rido se ha llevado a vivir con ellos, a sus dos hermanas.

3’.— Estaban encargadas de cuidar la Iglesia, ahora. . . cuidarán de su cuñada. i\— Yo no podría vivir con

Lavandera 4'.— Se

me figura, que cuecen su comida, con el aceite de las lámpa­ ras. en la casa?

Lavandera 3’.— ¿Y están ya Lavandera 4'.— Desde ayer.

Lavandera 3’.— El marido solo y e lla ... Lavandera 4\*.— Anoche ella lo pasó sen­

tada en el tranco, a pesar del frío.

Lavandera

3".— Parece que le cuesta tra­ bajo entrar en la casa.

Lavandera 6\*.— Le gusta subir al tejado y

andar descalza.

di

Lavandera 5’.— ¡Quieren callarse! Ella no tiene hijos. Lavandera 3'.— Tiene hijos l'a que quiere tenerlos... Las mojigatas no son a propósito pa­ ra llevar el vientre arrugado. Y se arreglan. Se echan polvos, y coloretes.

Lavandera 6‘.— Y muy cerca de alguien. Lavandera 5’.— ¿ Los habéis visto vos­

otras?

Lvandera 3’.— Nosotras

gentes, sí!

n o ... pero,

la s

Lavandera 5\*.— Siempre las gentes.. . Lavandera 4’.— ¿Y qué hacían? Lavandera 3'.— Hablaban. . . Lavandera 5’.— Hablar no es pecado. Lavandera 4’.— Hay una cosa que no mien­

t e ... ¡que es el mirar! Mi madre lo decía. ¡No es lo mismo una mujer mirando una rosa, que una mujer mirando los muslos de un hombre!

Lavandera

3\*.— ¡ Y cuando no lo mira, es porque está so la... pero lo tiene de­ lante. .. lo lleva retratado en los ojos!

Lavandera 4”.— ¿Qué hará que aumente el

invierno en su casa? Ella y sus cu­ ñadas. ..

Lavandera 5’.— Todas esas cosas son cues­

tiones de gentes que no tienen confor­ midad con su sino.

Lavandera 3’.— Ella

y sus cuñadas se la pasan encerradas, limpiando, haciendo relucir. Dan que hablar, ya que cuan­ do más relumbra la vivienda, es se­ ñal de que más arde por dentro. es quien tiene la cul­

Lavandera 5’.— El

pa. ..

Lavandera 4’.— La culpa es de ella que tie­

ne por lengua un pedernal.

Lavandera 5\*.— ¡ Cállate

consejos?

la boca!

Lavandera 4\*.— ¿ Quién eres tú para darme

Lavandera i \ — Cuando un padre no tiene

lujo. (Hablan todas a la vez). Silencio que por ahí vienen las cuñadas! (Bajan las cuñadas al arroyo y se po­ nen a lavar la ropa). 4’.— Se van los zagales?

Lavandera Lavandera

3\*.— Se quedaron solos los re­ baños .. .

Lavandera 4’.— ¡Me gusta el olor de las ovejas! Es olor de lo que una tiene. Cómo me gusta el olor del fondo del fango rojo que trae el arroyo en el invierno.

Lavandera 5'.— ¡ Miradlos! ¡ Arrancan

to d o ...

con

Lavandera 2’.— Es una inundación de la­ na. Si los trigos verdes tuvieran cabe­ za, temblarían al verlos venir!!

Lavandera i \ — ¡Miradlos

No falta ninguno.

como corren!

Lavandera 4'.— ¡S í! ...

Todas.— ¿ Cuál ?

falta uno.

Lavandera

4’.— (muy pausada) . . . el de Víctor! (Las cuñadas se levantan de golpe, la miran con desprecio y se van. Todas las lavanderas se ríen y sacuden sus ropas al ritmo de sus cuerpos. Can­ tan :) 4’.— En el arroyo frío lavo tu (cinta, Como un jazmín caliente tienes la risa, Quiero vivir en la nevada chica de ese (jazmín. de la casada seca! de la que tiene los pe­

4

Lavandera

Lavandera i ”.— ¡Av Lavandera 2\— ¡Ay

chos de arena!

Lavandera 3’.— Dime si tu marido guarda Lavandera

1\*.— Es tu camisa nave de plata y viento por las orillas.

semilla, para que el agua cante por tu camisa.

í

Lavandera 2’.— Las ropas de mi niño ven­

go a lavar para que tome el agua lecciones de cristal.

Lavandera 3’.— Por

el monte ya llega mi marido a comer, él me trae una rosa y yo le doy tres. rido a cenar, Las brasas que me entrega, cubro con arrayán.

Lavandera 4\*.— Por el llano ya vino mi ma­

Lavandera

i\— Por el aire ya viene mi marido, a dormir, yo, alelíes rojos y él, rojo alelí.

Lavandera 5’.— Hay

que juntar flor, cuando el verano seca, la sangre al segador.

flor con

^

Lavandera

i\— Y abrir el vientre, a pájaros sin sueño. cuando a la puerta llama, temblando el invierno. 2'.— Hay que gemir en la sá­ bana.

Lavandera

Lavandera 4“.— ¡Y hay que cantar!

Lavandera

lazan.

5'.— Cuando el hombre n o s trae, la cor’ ona y el pan.

2'.— Porque los brazos se en­

Lavandera

Lavandera 3'.— Porque

de las ram as...

la luz se nos quie­ se endulza el tallo

bra en la garganta.

Lavandera 4'.— Porque Lavandera 5'.— Y

las tiendas del viento cu­ bren a las montañas. (Aparece una lavandera más por lo alto de la montaña). que un niño funda yertos vidrios del alba! ... nuestro cuerpo tiene ra­ mas furiosas de coral. las aguas del m ar!... niño!

Lavandera 6f.— ¡Para Lavandera 5’.— Y

Lavandera 6’.— ¡ Para que haya remeros en Lavandera Lavandera

i\ — Un niño pequeño, . . . ¡un

2'.— ¡Y las palomas abren las alas y el pico!

Lavandera 3’.— Un niño que gime, . . . ¡un hijo!

Lavandera

4".— Y los hombres, avanzan como siervos heridos.

Lavandera 6’.— ¡Alegría! . . . ¡ Alegría! ... Alegría! del vientre redondo bajo la camisa.

Lavandera 5’.—; Alegría !. .. Lavandera 3’.— P e ro ... Lavandera 4’.—; Qué Lavandera Lavandera

¡Alegría! ¡Ombligo, cáliz tierno de maravillas!

Alegría ! . . .

¡Ay! de la casada seca... ¡A y de la que tiene los pe­ chos de arena! relumbre!

Lavandera i\— ¡Que corra! 2’.— ¡Que vuelva a relumbrar! 3’.— ¡Que cante!

Lavandera 2!.— Que se esconda. . . Lavandera r .— ¡Y que vuelva a cantar!

L

Lavandera

3’.— La aurora que mi niño, lleva en el delantal. golpeando las ro­

Lavandera 4".— (canta

pas). En el arroyo frío lavo tu cinta. Como un jazmín caliente tienes la risa. (Todas estallan en risa). (El coro repite. Luego, todas esta­ llan en risa). TE LO N

4

Escenario:

En escena Juan y dos cuñadas. Ellas de pie detrás de él. Juan sentado en un banquillo con la cabeza entre las manos y con aire de preocupación.

Juan.— ¿Dices

que salió hace poco? Debe estar en la fuente. Pero, ya sabéis que no me gusta que salga sola. (Pausa)

Puedes poner la mesa. Bien ganado tengo el pan que como. Ayer pasé un día duro. Estuve podan­ do los manzanos.. . y, a la caída de la tarde me puse a pensar porque pon­ dría yo tanta ilusión en la faena si no podría llevarme ni una manzana a la boca. Estoy harto. (Pausa)

56

FEDERICO GARCÍA LORCA

Esa no viene... Una de vosotras debía salir con ella, que por eso estáis aqu í... comiendo en mi mantel', y bebiendo mi vino. . . Mi vida está en el campo, pero mi honra está aquí, y mi honra es tam­ bién la vuestra. (Pausa). No lo > tomes a mal. (Entra Yerma). ¿Vienes de la fuente?

¥

Yerma.— Para

tener agua fresca en la co­ mida. .. ¿Cómo están las tierras?

Juan.— Ayer estuve podando los árboles. Yerma.— ¿Te quedarás? Juan.— He de cuidar el ganado. Tú sabes

que esto es cosa del dueño.

Yerma.— Lo sé muy bien. No lo repitas. Juan.— Cada hombre tiene su vida. . . Yerma.— Y cada mujer la suya!

j

No. te pido yo que te quedes. Aquí tengo todo lo que necesito. Tus hermanas me guardan bien. Como yo

pan fresco y requesón y cordero asa­ do, y tus ganados esparcidos por los montes comen pastos llenos de loza­ nía. Creo que puedes vivir en paz.

Juan.— Para vivir en paz, se necesita estar

tranquilo.

Yerma.— ¿Y tú no lo estás? Juan.— ¡No lo estoy! Yerma.— Desvía la intención. Juan.— ¿Es que no conoces ya mi modo de

ser? “ Las ovejas en el redil, y las mujeres en su casa” . Tú sales dema­ siado. ¿No me has oído decir e s t o siempre?

Yerma.— ¡Sí!

Las mujeres en su casa, cuando las casas no son tumbas, cuan­ do las sillas se rompen y las sábanas de tela se rompen con el uso. Cada no­ che, cuando me acuesto, encuentro las sábanas más limpias, más nuevas, más relucientes, como si fueran recién traí­ das de la ciudad.

En nada te ofendo. . . Vivo: sumisa a t i . . . Lo que sufro lo guardo en mi alma, y cada día que pase, estaré peor... (pausa). Vamos a callarnos. Yo sabré llevar mi cruz como mejor pueda, pero no me preguntes nada. Si pudiera de pronto volverme vieja y tener la boca como una flor macha­ cada, podría sonreirte y llevar la vida contigo. Ahora, déjame.

Juan.— Hablas

de una manera que yo no te entiendo. No te privo de nada. Mando a los pue­ blos vecinos por las cosas que te gus­ ta n ... Yo tengo mis defectos, pero quiero tener paz y sosiego contigo... quiero dormir fuera y tener la certeza de que tu también duermes aquí den­ tro. yo no duermo. . .

Yerma.— Pero Juan.— ¿Es

que te falta a lg o ? ... ¡Dímelo ! ... Contesta...

Yerma.— ¡Sí, me falta!

-

Juan.— Siempre lo mismo . .. Yerma.— Pero,

¡ Hace ya más de cinco años! Yo casi lo había olvi­ dado. .. ¡yo no soy tú! Los hombres tienen otra vida. .. los ganados. . . los árboles, las conversa­ ciones; las mujeres en cambio, no te­ nemos otra que ésta, la de la cría y el cuidado de la cría.

Juan.— Todo

el mundo no es ig u al... ¿ Porqué no te traes un hijo de tu her­ mana? Yo no me opongo. quiero criar hijos de otra! Me figuro que se me van a helar los brazos de tenerlo. te empeñas en meter la cabeza por una roca.

Yerma.— ¡No Juan.— Y

Yerma.— Sí. Porque debía de ser un ca­ nasto de flores.. . y agua dulce.

Juan.— Estando a tu lado no se siente más Yerma.— ¡Yo

no he venido a estas cuatro

que inquietud y desasosiego... En úl­ timo caso debieras resignarte.

paredes a resignarme! Cuando tenga la cabeza atada con un pañuelo para que no se me abra la boca, y las ma­ nos bien amarradas dentro del ataúd, en esa hora, me habré resignado...

Juan.— ¿Entonces qué quieres hacer? Yerma.— Quiero beber ag u a ... ¡y no hay

vaso, ni agua! Quiero subir al monte, ¡y no tengo pies! Quiero bordar mis enaguas, y no encuentro los hilos!

Juan.— Lo

que pasa, es que no eres una mujer verdadera. . . ¡ buscas la ruina de un hombre sin voluntad. no sé quien s o y ... Dejame andar y desahogarme, que en nada te he de faltar.

Yerma.— Yo

Juan.— No me gusta que las gentes me se­

ñalen. Por eso quiero ver esa puerta cerrada, ¡y cada persona en su casa! \ o no tengo fuerzas para esas cosas... cuando la gente te dé conversación, cierras la boca, que eres una mujer casada!.. .

Yerma.— ¡ Casada!

Juan.— Que

la familia tiene honra, y la honra es una carga que se lleva entre todos, pero que esta, oscura y débil, en los mismos caños de la sangre, (pausa). ¡Perdón!. (Pausa — la mira bien). Aunque me miras de un modo, que no debía decirte perdóname, sino obligar­ te, encerrarte, que para eso soy tu ma­ rido!

Yerma.— Deja quieta la cuestión. Juan.— Vamos a comer.

¿Me has oído?

(Pausa).

Yerma.— Come

con tus hermanas, yo no tengo hambre todavía. ..

i

Juan.— Lo que quieras. .. (se ya). Yerma.— Ay, que prado de pena!

Ay, qué puerta cerrada a la hermosu­ ra, que pido un hijo que sufrir, y el' aire me ofrece dalias de dormida luna! Estos dos manantiales que yo tengo de leche tibia, son en la espesura de mi carne, dos pulsos de caballo

que hacen latir la rama de mi angustia. ¡Ay, pechos ciegos bajo mi vestido! Ay, palomas sin ojos ni blancura! ¡Ay, qué dolor de sangre prisionera, me está clavando avispas en la nuca! Pero tu has de venir, mi niño, porque el agua da sal, la tierra fruta, y nuestro vientre guarda tiernos hijos como la nube lleva dulce lluvia, (asómase a la puerta del fondo). ¡María! ¿Por qué pasas tan de prisa por mi puerta?

María.— Cuando voy con el niño,

¡Como siempre lloras!

lo hago.

Yerma.— Tienes razón. María.— Me da tristeza que tengas envidia. Yerma.— No

es envidia lo que tengo, es pobreza... ¿Cómo no me voy a quejar? Cuando te veo a ti y a las otras muje­ res llenas de flores por dentro, y vién­ dome inútil en medio de tanto sufrir. medio de tanta hermosura, ¡porqué tienes otras cosas! Si me oyeras podrías ser fe liz .. .

María.— En

j

Yerma.— La mujer de campo que no tiene

hijos, es inútil como un manojo de es­ pinas... a pesar del bienestar... (toma en los brazos la criatura). (lo mira y lo arrulla en sus brazos). Tómalo. Contigo está más a gusto... (se lo entrega). ¡Yo no debo tener manos de madre!! (extiende las manos en el vacío).

María.— ¿Por qué dices e s o ... ? Yerma.— Porque estoy harta de

tenerlas, y no poderlas usar en cosa propia... Que estoy ofendida y rebajada hasta l'o último. Si paren las ovejas, cientos de cria­ tu ras... Y las perras... ¡y, parece que todo el campo puesto de pie, me enseñara sus crios tiernos. Y yo. sien­ to como dos golpes de martillo, aquí, en lugar de la boca de mi niño! (presiona con los brazos sobre los pe­ chos).

María.— No me gusta lo que dices... Yerma.— Las mujeres cuando tenéis hijos,

no podéis pensar en las que no lo te­ nemos. Os quedáis frescas... igno-

rantes, como el que nada en agua dul­ ce no tiene idea de la sed.

María.— No

quiero decir lo que te digo

siempre. vez tengo más deseos, y menos esperanzas. cosa.

Yerma.— Cada María.— Mala

Yerma.— Acabaré creyendo que yo misma

soy mi hijo. Por las noches voy a echar la comida a los bueyes... antes no lo hacía por­ que ninguna mujer lo hace, y, cuando paso por lo oscuro del cobertizo, mis pasos me suenan a paso de hombre... criatura tiene su razón.

María.— Cada

Yerma.— A pesar de todo sigo queriendo. .

Ya ves como v iv o ...

María.— ¿Y

tus cuñadas?

Yerma.— ¡ Bah!

María.— ¿Y tu marido?

Yerma.— ¡Son tres cosas contra mí! María.— ¿Qué piensas? Yerma.— Tribulación de gente que no tie­

ne la conciencia tranquila... Creen que me puede gustar otro hombre.. . Y no saben que aunque me gustara lo primero de mi casta es la honradez. No saben, no saben que si yo quiero puedo ser como agua de arroyo...

María.— De todas maneras creo que tu ma­

rido te sigue queriendo. Que trabajos estás pasando!! Pero acuérdate de las llagas de Nues­ tro Señor. al niño)

Yerma.— (acariciando

Ha despertado... cantar...

María.— Dentro Yerma.— (con

de poco^ le empezaré a

alegría) Los mismos ojos que tú. ¿Le has visto ?... Tiene los mismos ojos que tú. . . ¡ ¡ Los mismos ojos!! (se va María y entra la Loca)

Loca.— Esperé a que saliera.

está aguardando.

Mi madre te

Yerma.— ¿Está sola? Loca.— Con dos vecinas. Yerma.— Dile que espere Loca.— ¿Vas a ir?

(Yerma asiente). ¿No te da miedo?

un poco...

Yerma.— ¡Voy a ir! Lo-ca.— Allá tú. .. Yerma.— Que me esperen aunque sea tar­

de.

Víctor.— (entrando)

¿Está Juan?

Yerma.— Sí. Loca.— (yéndose) Yerma.— Cuando

(a Víctor)

¡Siéntate!

Entonces, luego yo traeré la blusa. quieras...

\

Víctor.— Estoy bien. Yerma.— ¡Juan! Víctor.— Vengo a despedirme. Yerma.— ¿Te vas con tus hermanos? Víctor.—Así lo quiere mi padre. Yerma.— Ya debe estar viejo. Víctor.— Sí. muy viejo. Yerma.— Haces bien en cambiar de cam­

pos.

Víctor.— Todos los campos son iguales. Yerma.— No. Yo me iría muy lejos. Víctor.— Es todo lo mismo. Las mismas

ovejas tienen la misma lana.

Yerma.— Para

los hombres sí. Pero, las mujeres somos otra cosa. Nunca oí decir a un hombre, comien­ do: “¡Como se ponen estas manza­ nas!” . Vais a lo vuestro, sin reparar en las delicadezas. Como he aborrecido el agua de estas fuentes,

(pausa).

Víctor, ¿dime, porque te vas? Aquí, las gentes te quieren...

Víctor.— Yo me porté bien. Yerma.— Te portaste bien. . .

Siendo za­ galón me llevaste una vez en brazos... ¿No recuerdas? (pausa). Nadie sabe lo que va a pasar... cam bia...

Víctor.— Todo

Yerma.— Algunas

cosas no cambian. . . Hay cosas que no pueden cambiar. (entra Juan)

Víctor.— La acequia por su sitio, el rebaño

en el red il... la luna en el Cielo y el hombre con su arado...

Yerma.— Que Víctor.— Me

pena más grande no poder sentir las enseñanzas de los viejos. í

voy. He de hacer el camino y quiero pasar el puerto antes de ama­ necer. (se oye la sirena de un vapor).

Juan.— ¿Llevas alguna queja de mí? Víctor.— No. Fuiste buen pagador...

Juan.— (a

Yerma) Le compré los rebaños.

Yerma.— (asombrada) No lo. sabía...

Víctor.— Así

es. Tu marido ha de ver su hacienda colmada.

Yerma.— Y a no tenemos sitio donde meter

tantas ovejas.

Juan.— ¡La

tierra es grande! (a Víctor). Iremos juntos hasta el arroyo... (Víctor le da la mano, a Yerma) la mayor felicidad para

Víctor.— Deseo

esta casa.

Yerma.— ¡Dios te oiga! ¡Salud!

( E s t e último diálogo lo sostienen mientras se despide Víctor. Al diri­ girse éste hacia la puerta, Yerma ha­ ce como de retenerlo)

Víctor.— ¿Decías a lg o ?... Yerma.— ¡Salud! dije.

Víctor.— Gracias.

(Al hablar Víctor, Yerma de espaldas a él, con los ojos cerrados, lleva la diestra a su vientre, y al irse los hom­ bres ella se mira las manos abiertas. Luego, rápida, toma un mantoncillo que tiene sobre una silla, se lo. coloca sobre la cabeza y sale.

Loca.— Vamos.

(Al poco rato, en medio de la penum­ bra que comienza a reinar, aparecen las dos cuñadas, con sendos faroles en la mano, en ademán de buscar algo. Miran la habitación por sus cuatro costados, y a ver que no se encuentra en ella Yerma, dejan la lámpara sobre la mesa y asomándose por la abierta puerta entonan) ¡Yerma! Yermaaaa...

Cuñadas.— ¡Yerma!

TE LO N FIN D E L SEGUNDO ACTO

TE R CE R ACTO PRIM ER CUADRO E SC E N A R IO : En la casa de Dolores. Penumbra triste. Hay un silencio de miedo y de misterio. Al alzarse el te­ lón, entran por la puerta del fondo Do­ lores, Yerma, las dos vecinas y, la Loca.

Dolores.— Has estado valiente. Yerma.— No hay en el mundo fuerza

mo el deseo.

co­

Dolores.— Pero

el cementerio estaba de­ masiado oscuro. . . Muchas veces, he hecho estas oracio­ nes con mujeres secas, y todas han pasado bien.

Yerma.— ¿Todas? Dolores.— No

Yo he venido con fe y no creo, que seas mujer engañadora.

lo soy. Que mi lengua se llene de hormigas, como la boca de los muertos si alguna vez he mentido. La última vez hice la oración con una mujer que estaba seca de más tiempo que tú y se le endulzó el vientre, tan­ to, que tuvo mellizos. Y otra que no tuvo tiempo de llegar a la casa y lo tuvo junto al río.

Yerma.— ¿Y como llegó? Pudo venir an­ dando desde el' río!

Dolores.— Llegó con los zapatos y las ena­ Yerma.— ¿Y, no le pasó nada? Dolores.— ¡Que le iba a pasar!

Dios.

guas empapadas en sangre, pero ale­ gre.

Dios es

Yerma.— Dios es Dios. Lo habría lavado con aguas vivas. Los animales lo lim­ piarían. A mí no me da asco de mi hijo.

Yo tengo la idea de que la recién pa­ rida está limpia por dentro, y, de que los niños se duermen horas y horas por dentro... Que se les van llenan­ do los pechos para que ellos mamen... para que chupen hasta que se cansen y retiren la cabeza... ¡Otro poquito más mi niño! ¡Y se les llene la cara y el pecho con gotas blancas!... Vecina.— (asomándose a la ventana) Parece que va aclarando. Yerma.— Tendré un hijo porque lo tengo que tener! O no entiendo el mundo. Es que cuando yo estoy segura de que jamás, jamás lo tendré, me sube como un resuello de fuego por los pies y se me quedan vacías todas las cosas,... la ilusión... los dolores... Los bue­ yes que andan por las calles, y las tie­ rras y las piedras me parecen que es­ tuvieran exhaustas. Vecina.— Está bien que una casada quiera tener hijos, pero si no los tiene, por qué hace necesidad de ello. Lo impor­ tante de este mundo es dejarse llevar por los años... que así, tendrás feli­ cidad.

Yerma.— Yo

no pienso en el mañana,... pienso en hoy, y lo aguanto menos, (pausa) Yo quiero tener a mi hijo; en los bra­ zos. Ahora, oye bien, si Dios me da un hijo y yo se que ese hijo me habría de martirizar después, y me habría de llevar de los cabellos por las calles, igual recibiría con gozo su nacimien­ to, porque más vale llorar por un hom­ bre vivo que llorar por un fantasma, sentado año tras año encima de mi corazón.

Vecina.— Pero, mientras esperas la gracia de Dios, puedes ampararte en el amor de tu marido. El es bueno.

Yerma.— Más

l

quisiera que no tuviera al­ ma y fuera malo. Pero no, él va por sus caminos con sus ovejas contando el dinero por las noches... Cuando me cubre, cumple con su deber, pero yo le noto la cin­ tura fr ía ... como si tuviera el cuer­ po. muerto, y yo que siempre he teni­ do asco de las mujeres calientes, qui­ siera ser una montaña de fuego.. . ¿Qué? no soy una casada indecente, pero sé que los hijos vienen del hom-

bre y de la mujer. ¡Ah! Si pudiera te­ nerlos sola.

Dolores.— Piensa

sufre.

que tu marido también

Yerma.— No sufre. Si lo conozco... Es mi marido y no lo quiero.. . ¡No lo quie­ ro! Sin embargo es mi única salva­ ción. Por honra y por casta, mi única salvación! Vecina.— Pronto empezará a amanecer. Debes irte a tiempo.

Dolores.— Antes

de nada, saldrán los re­ baños y no conviene que te vean sa­ lir ...

Yerma.— ¿Cuántas veces repito las oracio­ nes?

Dolores.— La

oración del laurel, tres ve­ ces; y la del mediodía la dices en la comida. Cuando te sientas encinta, me traes la fanega de trigo que me has prometido. Después... ya veremos. Te vas dando un rodeo por la acequia, (pausa).

Yerma.— ¡No se porque he venido! Dolores.— ¿Te arrepientes?... Yerma.— ¡ No! Dolores.— Si tienes miedo, te acompañaré

hasta la acequia. Vecina.— Van a ser las claras del día cuan­ do llegues a tu puerta.

Yerma.— C a lla ... No es nada. Dolores.— Anda con Dios.

(Yerma, se dirige hacia la puerta cuando se oyen fuertes golpes y voces) ¿Quién es?

Juan.— Soy yo. Yerma.— ¡Abre! Dolores.— ¡ Pero, Yerma.— ¿Abres

si es tu marido! . . . o nó? (abre la puerta Dolores, y entran las cuñadas delante y Juan detrás) ¡aquí está!

Cuñada.— ¡Aquí e s tá .. .!

Juan.— ¿Qué

haces en este sitio? Si pudiera dar voces, se llenaría todo el pueblo para ver donde iba la honra de mi casa... ¡Pero, ahora vas a se­ guirme porque eres mi m ujer!...

Yerma.— ¡Si

pudiera dar voces, también las daría yo para que se levantaran los muertos, y vieran esta limpieza que me cubre...

Juan.— Soy un hombre que labro la tierra

y no tengo idea para tus cosas. Desde el mismo día de la boda, estás mirándome como con dos agu jas... pasando las noches en vela, con los ojos abiertos al lado m ío ... ¡no pue­ do!! Se necesita ser de bronce para ver una mujer que te quiere meter los dedos dentro de tu corazón... ¿A que has venido ? ¿ En busca de qué? ; Di ? ¿Qué buscas? Las calles están llenas de machos... Ve y lleva mi honra por las calles...

Yerma.— ¿Te

figuras tú y tu gente, que sois los únicos que guardáis honra? ¿Y, no sabéis que mi casta no ha te­ nido nada que ocultar?

¿Lo. oyes? ¡ Acércate! Huele mis vestidos y a ver donde en­ cuentras un olor que no sea tuyo. .. de tu cuerpo. ¡Me pones desnuda en medio de l'a plaza.. . Haz conmigo lo que quieras.. . pero guárdate de po­ ner nombre de varón sobre mis pe­ chos ! Juan.— Yo no lo digo. (pausa) El pueblo lo empieza a decir (desespe­ rado) lo empieza a decir claramente. Cuando llego a un corro, todos callan.. Cuando voy a pesar la viña, todos ca­ llan . . . Y, hasta de noche, en el cam­ po. . . se callan las ramas de los ár­ boles .

Yerma.— También

en el campo el mal ai­ re revuelca el trigo. Mira tú. ¡Si! Mira tú, si el trigo es bueno.. .

Juan.— ¿Y, sé yo lo que tiene una mujer, que está a todas horas fuera de su casa? ¿Qué buscas? Yerma.— (pausa) (abrazándose a Juan).

• Te busco a ti sin encontrarte. ¿Dónde has de estar? Es tu amor y tu amparo lo que busco, como si se buscara la luna. Juan.— ¡ D eja! Yerma.— (llorando) Te buscara a ti. Te buscara a ti, así, a ti, a quien busco; y una noche, sin encontrar lo que' quiero, una muda apoteosis. . . Todo queda conmigo. Mira que me quedo; sol'a como si la luna quedara sola. . . sola. . . sola ro­ deada por el cielo. Cuan sola, con el crucifijo ante mis ojos, entumecidos y resignados, (pausa) Me tropezó con el m uro... ¡A y!. . . ¡ A y ! ... ¡ A y ! .. . En este mal día ten­ go que extrañar nostalgias de un no s é ... no s é ... Juan.— ¡ Calla!! Yerma.— Maldito sea mi padre que me de­ jó su sangre de cien hijos. Maldito sea aqueta quién ahora culpo. Busco todo. Subir los cielos extraños,

rodeados de una luminosidad horri­ ble, . . . de un brillo intenso. (pausa) ¡Déjame! déjame sola. Ahora que voy entrando en lo más obscuro de la fo­ sa. Déjame al menos la palabra. Esa cosa hermosa que puede salir libre aun de mi boca.

Juan.— ¡Calla!

Yerma.— ¡Sí! Eso es. Calla. Me callaré, y que mi boca siempre quede muda.

TE LO N

SEGUNDO CUADRO ESCEN ARIO : Un claro entre laderas y montes. Al fondo, una ermita sobre la ladera de la montaña. Movimiento en escena. En escena la vieja pagana, luego entran dos aldeanas que salen por la derecha. Entran las dos muchachas que que­ dan a la izquierda y que luego se unen a la procesión de mujeres. Yerma entra por derecha. El Macho y la Hembra por la izquierda. Juan entra por la izquierda. Durante el des­ arrollo de este cuadro, la vieja pagana está en escena. Se retira antes de la entrada de Juan. (CAN TO S DESDE AD EN TR O ) No te pude ver cuando eras soltera más de casada te encontraré. Te descubriré casada y romera

cuando en lo oscuro las doce den. (bis).

V. P. —

¿Habéis bebido ya el agua san­ t a ? ...

Aldeana. — Sí. V. P. — Venís

a pedir hijos al santo, y cada vez vienen más hombres solos.

Aldeana. — Y tú, ¿ a qué has venido ? V. P. — A ver. Yo me vuelvo loca por ver.

Y a cuidar a mi hijo. El año pasado se mataron dos por una casada seca, y quiero vig ilar... y, en último caso vengo, porque me da l'a gana!! (yéndose las dos). ¡Que Dios te perdone!

Aldeana. —

V. Pagana. —

Que te perdone a ti. — ¿A mí que me vá a perdonar? ¡Ahí viene ! . . . Me costó mucho que viniera ella. Ha estado un mes sin levantarse de la silla. Le tengo miedo; que tiene una idea que no sé lo que es.

Muchacha i\* —

Muchacha 25— Yo llegué con mi hermana.

Muchacha r

— ¡Tiene hijos la que los tie­ ne que tener! Vamos a la romería, que es donde se baila. En cuatro leguas no se ye más que gente que viene a la fiesta.

Muchacha 2? — Detrás de la Ermita, hay más de 40 toneles de vino. . . Muchacha 1\* — Un río de hombres solos baja de esa sierra. El año pasado uno aprovechó la con­ fusión para tomar a una hermana mía muy pequeña, atenazándole los pechos con ambas manos. (entran las mujeres, en fila).

Mujer r Mujer

— ¡Señor! Que florezca la rosa...

2" — ¡No me la dejéis en sombra!

Mujer 3\* — Sobre sus carnes marchitas, ¡florezca la rosa amarilla! ¡Señor! Qué florezca la rosa.

Mujer

4’ —- ¡No me la dejéis en sombra!

Yerma. —

El cielo tiene jardines, con rosales de alegría, entre rosal' y rosal, la rosa de maravillas. Rayo de aurora aparece, y un arcángel la vigila. Las alas como tormentas, los ojos como agonía. Alrededor de sus hojas arroyo de leche tibia. Juegan y mojan la cara de las estrellas tranquilas. ¡ Señor! Que tu rosal florezca sobre mis carnes marchitas. — ¡ Señor! Calma con tus manos, las ascuas de mis mejillas,

Mujer 6’ — Mujer f

Todas. — Escucha la penitente de tu santa (romería, Yerma. — ¡Abre tu rosa en mi carne

aunque tenga mil espinas! ¡Señor! ¡Que florezca la rosa, no me (la dejéis en sombra! Sobre mi carne marchita, la rosa de (maravillas! (Todas, entonando una melodía sua­ ve, van subiendo el sendero y entran a la ermita. Las dos muchachas las si-

guen. La vieja Pagana, las mira y se ríe. Se oyen ruidos). (Aparecen el Diablo y su mujer). ¡ Ohhhhhhh! ¡ Ohhhhhhh!! Se repite esto varias veces y entran el Macho y la Hembra, seguidos de un coro.

Macho. —

En el río de la sierra, la esposa triste se bañaba. Por el cuerpo le subían los caracoles del agua. Las arenas de las orillas y el aire de la mañana, le daban el fuego a sus risas y temblor a sus espaldas. ¡Ay! que desnuda que estaba la doncella en el agua! ¡ Que se cimbre! ¡ Que se vuelva a (cimbrar! Que diga a quien aguardaba así, con (el vientre seco. Todos. — ¡Que se cimbre, y que se vuel(v a a cimbrar. Hembra. — Cuando llegue la noche, lo diré. Cuando llegue la noche clara, la no­ che de la romería rasgaré los volan­ tes de mi enagua. . .

Todos. — j A y ! que la noche llega. . . que oscura se pone. Macho. — ¡Hayí ¡Que blanca la triste casada! ¡Ay! ¡Como se queja entre las ramas! Amapola y clavel. Hembra. — Si tú vienes a la romería, A pedir que tu vientre se abra lleva lumbre de sol en el cuerpo y calor de la tierra en el alma. Macho. — ¡A y ! ¡ Qué relumbre! ... ¡ A y ! ¡ Qué relumbre!. .. ¡que vuelva a relumbrar! Todos. — ¡ a y ! ¡ que relumbre! ¡A y ! ¡ que relumbre! ¡que vuelva a relumbrar! Hembra. — ¡ Con la rosa y la lanza! Macho. — En esta romería, el varón siem(pre manda. Los maridos son toros, y el varón (siempre manda, y la romera sube! ¡Y ella, con el aire y la rama! Todos. — Como un junco se dobla.

YERMA

Hembra. — Y como flor se cansa. Macho. — ¡Que se aparten las viñas! Hembra. — ¡Que se quemen los montes! Macho. — ¡Que se cimbre! ¡ El cuerpo reluciente de la limpia (casada! Todos. — ¡Que se cimbre! (Se van todos repitiendo la frase co­ mo al principio y riéndose. La Loca queda última. Sale un hombre que estaba escondido, se limpia la boca con el brazo, se dirige hacia ella la alza en brazos y se la lleva. La Loca grita). V. p, — ¡A ver si luego nos dejáis dormir! (A Yerma que entra por la derecha). ¿Tú? Dime ¿Para qué has venido? Yerma. — ¡ No sé! ... Viejo. — ¿No te convences?... ¿Y, tu esposo. Yerma. — Ahí está. Bebe. (Pausa). (Llorando). ¡ A y ! ... ¡ A y ! ... ¡ A y ! ..,

( se r í e )-

.

,

. .

V. P.

— Menos A y y más almas. Antes no hablé, ¡pero ahora sí! — ¿Y qué me vas a decir que ya no sepa?

Yerma.

V. P. —

Lo que ya no se puede callar, lo que está puesto encima del tejado. . . La culpa, es de tu marido. Lo oyes. Me dejaría cortar las manos. Ni su padre, ni su, abuelo, ni su bisabue­ lo se portaron como hombres de cas­ ta. Para tener un hijo han necesitado que la tierra y el cielo se juntaran, en cambio, tu gente nó! Tienes hermanos y primos a cien leguas a la redonda. Y tú tan hermosa. Mira que mal­ dición. ¿Una maldición?... Un charco de veneno sobre mi vida. — Tienes pues que marcharte de tu casa.

Yerma. — Vieja.

Yerma. — ¿Cómo? Vieja. — Aquí vienen

las mujeres a co­ nocer hombres nuevos. . . y el Santo hace el milagro. Mi hijo está sentado

detrás de la ermita esperando... En mi casa, necesito una m ujer... Vete con él y viviremos los tres juntos. ¡Mi hijo sí, es de sangre! En mi casa encontrarás todavía la cuna con olor a almendros.. ¡No te importe la gen­ te! Y en cuanto a tu marido hay en mi casa armas y entrañas para no de­ jarle entrar.

Yerma.

—• ¡C alla!... ¡C alla !... Tú sa­ bes que yo1 no hago eso, nunca lo haría... ¡N o !... ¿Te figuras tú, que puedo buscar a otro hombre?... ¿Dónde pones mi honra?... Ahora, no se puede volver atrás. .. La Luna llena no sale al mediodía... ¿Has pensado en serio que pueda doblarme a otro hom bre?... ¿Que pida como una esclava lo que es mío? ¡Conóce­ me bien y no vuelvas a hablarme! Yo soy como un campo seco, donde caben nadando cien pares de bueyes... Y lo que tú me ofreces es un pequeño vaso de agua de pozo. Lo mío es dolor que ya no está en las carnes... — Pues sigue así, ¡ qué por tu gus­ to es! ... Como los cardos. Marchita.

V. P.

Yerma. —

¡M archita!... ¡S í!... ¡Marchi­ t a . . . . No es preciso que me lo re­ vuelques por la boca. Desde que me casé estoy dándole vueltas a esta palabra. Pero, es la pri­ mera vez que la o ig o ... Que me la dicen en la ca ra ... No se siente la verdad cuando: está dentro de una misma. No me das ninguna lástima, ¡nin­ guna! Y a buscaré otra mujer para mi hijo. (Se va. Se oye un coro, y entra Juan por la izquierda).

V. P. —

Yerma. — ¿Estabas ahí? Juan. — Estaba. Yerma. — Entonces habrás oído to d o ... Déjame y vete a los campos... Juan. — También es hora de que yo hable. Y que me queje. Que tengo el amar­ gor en la garganta. Ha llegado ya el último minuto de re­ sistir este continuo lamento por co­ sas esperadas, fuera de la vida, por cosas que están en los aires. . ,

Yerma. — ¿Fuera de la vida, dices? ¿En los aires, dices? Juan. — Por cosas que no han pasado y que ni tú ni yo dirigimos. Por cosas que a mí no me importan! ... ¿Lo oyes? ¡Que a mí no me importan! A mí, me importa lo que tengo en las manos. . . Yerma. — ¡Eso es! Es lo que quería sentir de tus labios... Ni se sueña la verdad cuando está dentro de nosotros. Pero, ¡ qué grande y como grita cuan­ do se pone fuera y levanta los brazos! Juan. — Piensa. Piensa que tenía que em­ pezar así. Muchas mujeres serían felices de lle­ var tu vida. Sin hijos, la vida es dulce... Yo soy más feliz. . . No tenemos culpa alguna... Soy feliz no teniendo hijos, y tú, ten­ drías que serlo lo mismo. . .

Yerma. —

¿Entonces qué buscabas en mí?

Juan. —

¿Qué buscaba en t i? ... Una mu­ jer, ¡pero, nada más!

Yerma. —

¿Una m ujer?... ¿Es verdad que dices?

lo

Juan. — ¡Oyes tú! Yerma.— Yo no pensé en el hombre.

Pen­ sé en el hijo. No me preguntes más que te lo tengo que gritar al oíd o... Te lo tengo que gritar bien fuerte pa­ ra que lo oigas tú, todo el pueblo, y las comadres. .. (Pausa).

Juan. —

Resígnate a vivir en p a z ... ¡Uno y otro! Con sosiego, con agrado. (La mira y la abraza). ¡Abrázame!

Yerma. — ¿Qué es lo que buscas? Juan. — ¡ A ti te busco! Con la luna estás

hermosa.

Yerma.

— Me buscas como cuando te quieres comer un palomo? ¡Bésame! (ella se resiste, caen al suelo, se aga-

Juan. —

cha sobre él y l’e muerde, abriéndole la yugular. Se oyen los estertores de él, gritos ahogados y luego el silen­ c io ... Ella llo ra...)

Yerma. —

¡M archita!... está bien ¡Mar­ chita!. .. Pero, ¡segura al fin!! ¡Aho­ ra sí lo sé! . . . Cierto. . . Y sola voy a descansar, sin despertarme sobre la cama. . . Para ver si la sangre me anuncia otra sangre nueva, con el cuerpo seco para siempre... (apare­ ce la vieja pagana). ¿Qué queréis? No os lamentéis ya. ¡Porque yo he matado a mi h ijo !... Sí. Yo misma he matado a mi hijo-. .. he matado a mi h ijo ... (esta última parte, toda entre sollo­ zos). TE LO N

Biblioteca Nacional de España

ESTE LIBRO TERMINÓ DE IMPRIMIRSE EN LOS TALLERES GRAFICOS AR­ GENTINOS L. J. ROSSO, DO­ BLAS EL DÍA DE

951

23

OCTUBRE

1937

DE